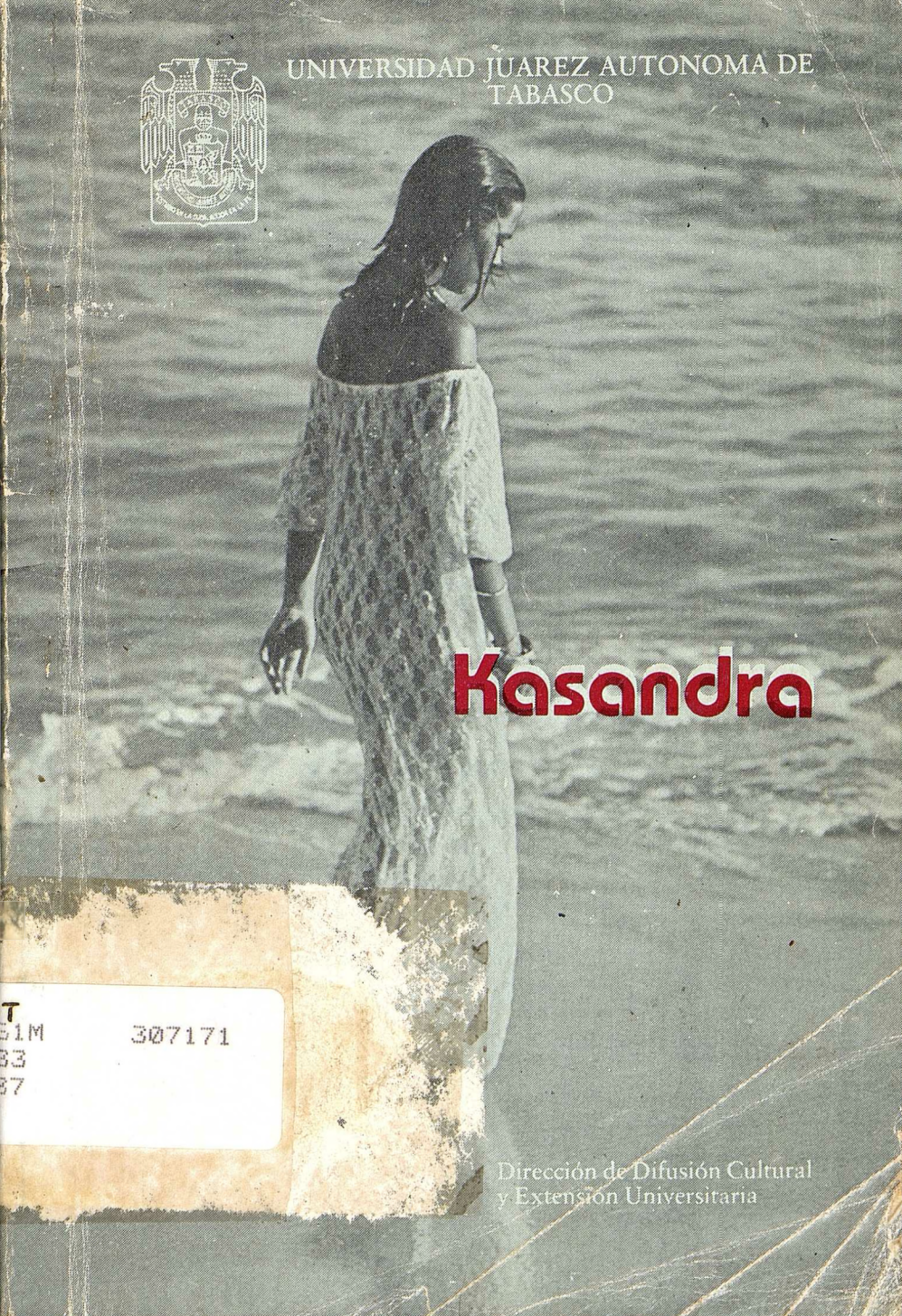
UNIVERSIDAD JUAREZ AUTONOMA DE TABASCO



Kasandra

T
51M 307171
83
87

Dirección de Difusión Cultural
y Extensión Universitaria

DIRECTORIO

DR. FERNANDO RABELO RUIZ DE LA PEÑA
Rector

DR. WALTER RAMIREZ IZQUIERDO
Secretario de Servicios Académicos

ING. ARMANDO MORALES MURILLO
Secretario de Servicios Administrativos

La labor de la Universidad "Juárez" Autónoma de Tabasco dentro del ejercicio científico, cultural y artístico, no se limita a mostrar los diferentes matices de teorías, leyes o actitudes circunscritas a las bellas artes; su función comprende también la promoción, divulgación y desarrollo de las acciones perfiladas a enriquecer el acervo de valores y conocimientos que nutren a la conciencia social de nuestro pueblo.

Con el propósito de difundir las expresiones culturales y establecer mayores vínculos entre la universidad y la sociedad, nuestra institución a través de los programas de divulgación y promoción descritos en el plan de desarrollo académico 1988 - 1992 de la UJAT., amplía los escenarios para que las personas dedicadas al noble trabajo científico, tecnológico y cultural encuentren un medio a la expresión de sus ideas.

A T E N T A M E N T E

"ESTUDIO EN LA DUDA, ACCION EN LA FE"

DR. FERNANDO RABELO RUIZ DE LA PEÑA
RECTOR

KASANDRA
(1975)

CIPRIAN CABRERA JÁSSO

KASANDRA: AMOR QUE MUERE PARA ABARCAR EL MUNDO

Lo primero que inquieta en **Kasandra** es el título mismo del poemario. Acostumbrados a leer con "C" el nombre de la desventurada profetisa griega, incluso en otro libro de Ciprián Cabrera Jasso, encontrarlo escrito ahora con "K" nos subordina inevitablemente a ese origen nuestro que es Grecia, a la esbelta escultura de Poseidón apuntando hacia el horizonte su lanza muy invisible.

Además, los números romanos de los poemas abundan en la sensación antes descrita. El asunto se convierte así en grecolatino, para llegar a nuestro tiempo ya por los poemas mismos, por su escritura actual. Pero sobre todo, como luego se descubre, por su conflictiva tremendamente actual.

Es el del título, volviendo a él y a lo que sugiere, el primer acierto de Ciprián Cabrera Jasso. Como sucede ante la fachada de los edificios de buena arquitectura, su libro nos anuncia ya en la carátula lo que encontraremos en el interior. Y nos ofrece allí mismo, por tanto, una guía para transitar por él.

Es decir, que en primera instancia este poemario ofrece al lector un especial **sentimiento trágico de la vida,** según la argumentación de Unamuno; aquél que es propio de Cabrera Jasso —o que lo era cuando escribió estas páginas— y que, aún expresándose en el conjunto del libro, se concretiza en alguno de sus poemas como el **sentimiento de la muerte** para, campan-

148038

terferencias que el libro de **Eréndira** sí sufrió, a su salida, de parte de su monumental antecesor.

Algo que nos viene haciendo identificar de inmediato cualquier libro de Cabrera Jasso, cabe aclararlo, es su gusto por escoger —o inventar—, nombres femeninos de muy extraña belleza, casi siempre estructurados con preponderancia de la letra "a". Pero esto, se comprueba en la lectura, no lo lleva a incurrir en repetición sino a crear estilo.

Ya he hablado, en lo general, de la temática —o enunciado— de este poemario. Veamos ahora cómo es que el poeta nos convence de ella para que podamos además respondernos, también afirmativamente a mi ver, la segunda pregunta que antes propuse.

Junto con la impresión visual y la evocación temática del título, se nos ofrece, por la acentuada sonoridad de la misma palabra **Kasandra,** un propósito musical a lo largo de la lectura. Al menos, el de eufonía que, salvo intención clarísima, todo poemario debiera proponerse. Uno recuerda entonces al Pellicer de los poemas "escritos en voz alta", y va buscando este elemento en los de Ciprián Cabrera Jasso. Y, en efecto, la eufonía y la musicalidad, motivadas con frecuencia por el propio titular eufónico hecho ya personaje, concurren también frecuentemente hasta el final.

La rima, casi siempre asonante, aparece aquí de modo irregular. Lo mismo sucede con las diversas imágenes y tropos, que nunca dejan de entreverse con versos de lenguaje directo. Esto crea en el lector una espectativa que podría resolverse en desencanto si oportunas figuras retóricas, imágenes o reflexiones en lenguaje directo no salieran al paso para decirnos que el asunto puede encerrar otro sentido, sino que importe, desde luego, si el autor fue o no consciente de él al

La contrapartida la encuentro representada por poemas como el **VI** y el **XIV,** en los que el versolibrismo casi se alcanza en su totalidad, salvo alguna asonancia en cada uno de ellos, indicadora de que conseguir el verso libérrimo —lo llamaba así Max Henríquez Ureña— no es para el poeta responsable el facilismo que pudiera creerse.

El segundo binomio me parece bien expuesto en primer término, el de lo metalógico, por el poema **XXIII.** En este salón metafórico de nuestro edificio el "como" de la única metonimia se halla, evidentemente, al servicio del ritmo y no agrede, por ello, la metaforización del conjunto.

Por último, en los poemas **IX, XIII, XXI** y **XXIX** puede observarse con toda claridad la cuarta tendencia de Cabrera Jasso: la de hablarle a su potencial escucha en lenguaje directo, apenas conocido en el primero y segundo, confiado el poeta sólo en la fuerza de la situación misma que las palabras describen.

Independientemente de la presente valoración personal, acaso demasiado subjetiva, sobre estos planteamientos que el poeta joven Cabrera Jasso pudo haberse hecho hace catorce años, y que habrían de resultar en el verso libre de alto tropismo que hoy le conocemos, el lector encontrará aquí sin duda otros motivos de placer estético: síntesis ya promisorias de una futura madurez, lo mismo que resonancias de voces previas, indicadoras de la buena estirpe poética del autor.

Situaría entre lo segundo el poema **XV:**

Las calles de esta ciudad
son polvo del ayer
y quizá recuerdos del mañana...

Andrés González Pagés

Villahermosa, 2 de marzo de 1989

I

Me preguntas quién es Kasandra,
te lo voy a decir:
es la que me robó una tarde,
para que la noche,
despertara en nuestra piel
y nuestras manos descifraran en silencio
todo lo que los labios callan:

lujuria y sed, desenfreno y bestia agitada
que busca los desiertos del placer
entre sábanas que perfilan su muerte.

II

Kasandra, mira por la ventana,
la luna está oculta tras las nubes
y las estrellas nos han dejado solos:
a tí, a mí y a esta cama.

Ven, júntate a mis poros, lámeme la piel,
rasga mi soledad con tus uñas,
deja el miedo tirado con tu vestido
y recorramos juntos este laberinto
que Dios creó para perdernos,
para extraviar las palabras en gemidos.

¿Dónde estará nuestro recato ahora?
¿Dónde nuestras antiguas cartas?
Y este querernos con locura... sin lástima.

Dímelo, Kasandra,
dime algo que quiero guardarte así:
desnuda, jadeante, pura como la noche.

III

Vamos a meternos de nuevo bajo las sábanas,
quiero unirme al mar, al aire, a las gaviotas,
a la arena y a nuestras voces quedas,
calmas.... gimientes:

Así, así:
suave, muy suave,
despacio, muy despacio,
enloquecidos, extasiados,
desbordando nuestras entrañas.

IV

Llueve, sobre la gran ciudad llueve.
Las gotas escurren por los cristales,
el viento ulula el pánico de la tierra
y mientras tanto,
ven a mis brazos y duérmete
y sueña y corre por esas calles del sueño
y esfuma tu carne sin color
en esa segunda vida que es la muerte.

Duerme, Kasandra, duerme.

V

Kasandra, aún es de madrugada,
hace un rato me asomé hacia la calle
y ví hombres que caminaban meditabundos,
prostitutas trasnochadas, suicidas
que encontraron que cualquier instante es el vacío.
Dame un beso, por ahora olvidemos todo y sonríe,
sonríe con la boca abierta de la carcajada,
con la grieta húmeda de tu rostro,
con la triste mueca
donde la noche tiene su refugio.

VI

Te quiero platicar algo,
ojalá me escuche y no te duermas.
No, espera,
deja en paz un momento nuestras pieles.
Pero no te cubras,
deja que la brisa sople tu pubis,
tu vientre de insondables misterios.

Mira poco a poco, hemos ido apareciendo en el espejo.

VII

Un día me desperté con el llanto amargo
y la mirada perdida, abismal, vacía.
La tierra, aquella que era nuestra inmensa casa,
la.eterna, la indestructible,
se me convirtió en un punto, en un endeble punto
colgado de un hilo viejo y roído.
Lloré, corrí como loco, golpeé las paredes,
los muebles,
estuve a punto de tirarme por una ventana
y la vida se aferró a mis ropas
como amante desdeñada.
Caminé al espejo a ver mi rostro
y también allí había llanto,
enloquecido me metí de nuevo en la cama,
me dormí profundamente y encontré lágrimas
que derribaban casas, estatuas, parques
y bocas que sucumbián con el grito ahogado...
abrí los ojos y los escondí entre las arrugas,
entre los recuerdos envejecidos
y supe, de golpe y sin piedad,
que había muerto el sueño de la infancia.

VIII

Sabes, Kasandra,
una vez leí un cuento sobre la relación tan rara
que existe
entre el sueño, la muerte y la soledad.

El sueño,
es ese mundo muy nuestro
en el que no existe espacio ni tiempo
y podemos platicar y vivir con los muertos.

La soledad
es algo frío, profundo y bello
que nos cala los huesos
a medida que avanza el sueño.

Y la muerte
es la que nos regresa al sueño de la soledad.

IX

¿Has observado alguna vez las mariposas?
¿Has visto cómo llevan la belleza
de la vida en cada ala?

Mira aquella que juega con la lámpara,
mira qué bellos colores:
amarillos, grises,
rojos, turquesas y naranjas.
Anda perdida, luchando con la luz
en un aleteo desaforado y patético.

Así es toda nuestra vida, Kasandra,
un manotazo de ciego en la penumbra
en busca de alguna claridad.

X

Allá afuera, cuando sales a vagar por las calles,
pierdes nuestros besos, nuestras caricias,
nuestros recuerdos, nuestras sábanas revueltas.
Y te conviertes en unos senos,
en unas piernas y en unas nalgas.
Así está la vida, Kasandra,
tú lo sabes, no sonrías,
deja de jugar con tu aliento en la ventana.

XI

Ven, hay algo profundo
que mueve mi alma
y la hace navegar por sitios que ya no existen.
Todos le llaman nostalgia
y es algo así como un día
al que no podemos volver, una hora llena de recuerdos,
una imágen turbia y llorosa, un hogar, una silla,
un estanque y en el estanque el mar.

La nostalgia, Kasandra,
es el vientre de nuestra madre
y el misterio insondable de su oscuridad.

XII

Y el silencio
creo que el silencio
es la boca de un hombre
en el instante cuando muere.

XIII

Tenemos que vivir sorprendidos,
Kasandra,
como si cada instante fuera el primero,
como si cada segundo el último.
Vivir asombrados ante la imagen del espejo,
ante el engaño que es la vida,
ante el vacío que nos invade, ante tu nombre,
ante el pájaro que vuela
y ante la sombra pasajera
que proyecta por las calles
y llena nuestros ojos de lo efímero del mundo.

XIV

Me quedé dormido un momento
y tuve un sueño horrible y triste.
Soñé que te ibas hasta perderte
en la penumbra del otoñó.

Habían hojas secas tiradas en el pasto
y un color naranja flotaba en el ambiente
y moría con el viento.

Kasandra, tengo miedo,
no quiero que el destino se me venga de golpe,
como rayo fulminante,
ni deseo presentir lo que no ha sido.
Ven, consuélame, dime que no te irás,
que siempre estaremos juntos noche a noche,
día a día, tarde a tarde.
Abrázame, tenme entre tus brazos
hasta que se desvanezca
la imagen fantasmal de la neblina
y lo huidizo de tu cuerpo en un bosque casi muerto.

XV

Las calles de esta ciudad
son polvo del ayer
y quizá recuerdos del mañana.
No lo sé, pero así puede ser,
Kasandra, así puede ser.

XVI

Corre, ven, mira aquel pobre ciego
que canta bajo esas ramas.
¡Ay, Kasandra,
ve, corre y dile
que no toque más esas sus notas tan desesperadas!
¿Ya notaste su vestimenta?
Mira sus ojos
por los que no entra nada,
escucha cómo lloran
las cuerdas de su guitarra cuando canta.
¡Ay, Kasandra,
ve, corre y dile
que acá hay un hombre
que en vez de notas tiene lágrimas.

XVII

En aquella casa,
la amarilla con verja oxidada,
vive un zapatero que está sentado todo el día
en un suelo de tierra
y del techo, ruinoso y húmedo,
cuelgan largas y sucias telarañas.

Por sus manos han pasado los cueros,
los calvos, los tacones
y las suelas rotas.

Ese zapatero, Kasandra,
es quien remienda nuestros pasos
y como su dolor
en platos sucios de miseria.

XVIII

Te quiero platicar
de dos cosas horribles
que hace el hombre en este infierno:
Las cárceles y las guerras.
Disculpa, de pronto recordé cosas de antaño
y no puedo callar,
siento los recuerdos como burbujas calientes
que me queman los labios.

XIX

Hace algunos años estuve en la cárcel,
Kasandra.
Allí ví que son celdas llenas de torturas,
de soledades
y de esperanzas muertas y olvidadas.
Son barrotes fríos
donde el hombre juzga al hombre,
el vicio al vicio,
un maldito a un miserable,
un criminal a un inocente,
una sombra a otra sombra
y todo, todo pasa
como la más oscura de las noches.

XX

Y las guerras, Kasandra,
¿has pensado alguna vez en las guerras?
Hace mucho tiempo ví regresar de ellas
drogadictos, mutilados, locos,
animales que escondían el llanto terrorífico
entre sus manos
y mujeres que se quedaban solas en casas abandonadas.

Hay pueblos enteros que han vivido
durante años en guerra.
Allí van hombres
que muertos quizá en miedo, quizá en angustia,
tienen que matar a un hombre
que sufre
igual que ellos,
que siente
igual que ellos,
que tiene recuerdos
igual que ellos
y un amor esperando igual que ellos.

¡Qué terribles son las guerras!
Van acabando con el hombre,
lo van haciendo polvo, animal, piedra.
Lo sacan a un camino a pedir consuelo,
a buscar ayuda y encuentra,
en manos como las suyas, una bayoneta.

XXI

Si dejara de existir la garza
extrañaríamos a la garza.
Si dejara de existir la culebra
extrañaríamos a la culebra.
Si dejara de existir la flor
extrañaríamos a la flor.

Si dejara de existir el hombre
no sé quién lo extrañaría,
no sé quién...

posiblemente nadie.

XXII

No sé en qué momento
empecé a golpear las paredes.
Creí escuchar un grito lejano y era el mío,
voy a salir a la calle a buscar el hilo
de la vida
para jalarlo y caiga el telón para siempre.
Estoy cansado de tantos actos repetidos,
de tantas escenas de actores que entran,
que salen, que se van para siempre.
Deseo platicar con el autor de esta comedia trágica
que me saca lágrimas en la carcajada
y que me contorsiona
como feto en el vientre del infierno.

XXIII

Desde esta esquina de la vida
canto a las estaciones venideras,
aquellas que nuestros ojos no contemplen
pero que adornarán la tierra.
Canto al invierno
frío y viejo como el tiempo,
al otoño delicado y bello,
al verano caliente y verde
y a la primavera
que nos brindará sus flores
y cantos para la muerte eterna.

XXIV

Mira las estrellas,
son muy lejanas, Kasandra,
muy lejanas
para nuestras manos
llenas de esperanzas.

XXV

A veces me pregunto si el amor pesa
o si es el viento que se anuda en el pecho
o el corazón que crece.
No lo sé, pero ahora, mientras te tomo las manos,
un fuego intenso me quema las entrañas
y apenas me deja respirar.
Lo mismo he sentido en las despedidas:
caigo en un vacío pleno
que me recuerda al sentimiento de la muerte.

¡Qué extraño es todo esto, Kasandra!
siento la vida como una cadena
que se alarga en la memoria
y cuyo grillete está atado en el vacío.

XXVI

Y es entonces cuando quiero correr,
perderme en la tarde
y quedar esfumado entre la noche.

Pero es imposible, todo es ilusión,
sueño, cataclismo que derrumba al pensamiento
y somete la voluntad a remolinos que jalan,
que chupan la mirada hacia adentro.

Hay que correr, Kasandra,
correr hasta que la locura de la risa
aflore a los labios
y gritemos de alegría flotando por el viento.

XXVII

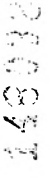
Máscaras de luz,
sólo máscaras de luz
se apagan en la vida.
De verdad que despierta en uno la tristeza
y cuesta trabajo despejar las arrugas,
mover los labios hacia la sonrisa.

Máscaras de luz,
sólo máscaras de luz
y de pronto:
el olvido que engulle nuestra carroña.

XXVIII

Porque todo es transitorio
y pasajero.
Todo, todo...
Tú, yo y las horas
donde saciamos nuestro amor
y nuestra seca esperanza.

Sólo queda la lluvia
escurriendo por las hojas
y por las ventanas solitarias.
Sí, todo dura una nada:
los sentimientos, los dolores, los placer
y este penetrarnos unos al otro
en el juego húmedo de nuestras lengu



XXIX

Cuántos amantes se han jurado
amor eterno, Kasandra,
cuántos, cuántos...

y todos se han ido.

XXX

Y la luna se irá,
quizá, también un día:
porque todo comienza
y todo termina.

XXXI

Kasandra, te siento fría,
indiferente y llorosa.
El fuego se me ha convertido
en un desierto inmenso, oscuro y terrible
aquí adentro.
Presiento que algo pasa entre nosotros,
que algo ha ido cambiando en tus miradas
y en tus besos... en el Alba.

Me duele todo:
mi amor, mi aliento, mis palabras.
Todo parece extinguido,
anegado por una lluvia
que se lleva tu corazón como una barca.

XXXII

¿Qué te sucede?
¿Por qué esas lágrimas
y esa mirada tan lejana?
¿Dónde está tu pensamiento ahora?
Dime qué te pasa
que tu frialdad está matando mi alma.

Te noto pensativa y extraña,
no me dejes solo con mis palabras,
no me atormentes, no me abandones,
no te vayas de casa,
no revivas la dolorosa distancia:
no lo hagas, no lo hagas...

XXXIII

Llanto y risa,
risa y llanto
y un sabor a locura, a desquiciamiento,
a cariño podrido entre mis labios.

Juega conmigo, Kasandra,
escóndete, aulla,
golpea la almohada en las paredes,
rasga las cortinas, ábreme la risa,
agita mi piel, escupe sobre mi espectro,
sobre esta sombra que dejas estampada en los rincones,
sobre este amor en cadáver
que tiras sin piedad por el viento.

XXXIV

Antes de irte
déjame estar contigo
otro rato entre tus sábanas.
Déjame besarte, lamer tu carne,
aspirar tu perfume de animal en celo,
enloquecerme con tu amor empobrecido y con mis ansias.

Déjame, Kasandra,
déjame morir esta noche
diseminado en el último gemido,
íntimo y hondo,
de esta humedad tuya y mía,
de esta danza macabra de espectros
sobre la lápida de la cama.

XXXV

Te vas, Kasandra,
te vas a recorrer el mundo,
a llenarte de tristezas.
No te detengas,
ve, corre, no te detengas.
Abre la puerta y ciérrala sobre sí misma
con un golpe duro, preciso, sin dudas,
sin mirar atrás para no volverte piedra.

Pero antes escucha,
quiero decirte unas palabras:
adonde quiera que vayas
los dolores son los mismos
y las pasiones humanas.
Porque el mundo es una sola pared,
un sólo techo.

Una sola casa girando sin esperanza.

Ve, corre, no te detengas por mis lágrimas.
No te detengas nunca, nunca...
hasta que la muerte te regrese
al pólvo de nuestros huesos
y a la tierra estrecha
donde se oscurece el Alba.

Fecha de devolución	Nombre del lector

FT/861M/C33/K37
CABRERA JASSO, CIPRIAN, 1
KASANDRA
307171
145038